

deslumbraban la vista sitios bañados por luz vivísima, mientras que otros se vislumbraban apenas, mal iluminados por oblicuos y pálidos rayos.

Aquel espectáculo crepuscular, aquella confusa mezcla de sonidos y formas que aturdían el oído y distraían la vista, pareció influir sobre nuestros alegres colegiales, predisponiéndoles á los pensamientos graves y á las emociones melancólicas. El enervante, aunque variado espectáculo, proyectóse como mancha gris sobre el brillante fondo del regocijo de los muchachos, conspirando, para ponerlos taciturnos, con el cansancio producido por tan largo y agitado paseo. Su goce pareció suspenderse, su entusiasmo enfriarse, y disiparse su bullicioso júbilo; ya no gastaron más bromas, sino que recorrieron gravemente las calles del Reloj y del Seminario, luego el espacioso jardín del atrio, luego las concurridas calles de Plateros, y llegaron, por fin, dando cima á su tarde de holganza, al lugar á que fueron invitados por el garboso Patillitas.

## CAPÍTULO II

### Un rato de expansión

Una pieza bastante grande, comunicando con la calle, y otra interior, de menores dimensiones, formaban el expendio de licores, la distribución de copas y embriagueces, en donde penetraron nuestros cuatro conocidos. La casa se llamaba «La Unión de los Amigos;» una farola de vidrios apagados, suspendida sobre la puerta de

entrada, ostentaba ese título trazado con negros caracteres; un gran mostrador corría á lo largo de uno de los testers de la primera pieza, la pared correspondiente hallábase cubierta por un vasto armario, en cuyos tableros se alineaban las insidiosas botellas, que en su seno diáfano contienen el licor de los sombríos efectos.

En el largo y estrecho espacio comprendido entre mostrador y armario agitaban su obesa personalidad los esposos Fleury, dueños de la casa, infatigables escanciadores de diversos brebajes y distribuidores de sonrisas amabilísimas; en el resto de la pieza contábanse hasta seis mesitas de madera, pintadas de blanco y veteadas imitando el mármol, y sostenidas en dos pies de hierro fijados en el pavimento; en torno de las mesitas disponíanse los parroquianos formando grupos de dos, tres ó cuatro, y conversaban con más ó menos animación, mientras apuraban á paulatinos sorbos los líquidos que habían pedido; algunos, libando diversas bebidas, jugaban al dominó, y dos extranjeros, graves, silenciosos y pensativos, sumergíanse en las hondas cavilaciones que les sugería la partida de ajedrez que traían empeñada.

La pieza de adentro, salvo el menor número de mesas, la falta de armario y mostrador, el estar las paredes tapiadas con un papel menos nuevo, y el encontrarse, por lo general, menos concurrida, era muy parecida á la primera. La noche que nuestros amigos honraron aquel lugar estaba completamente sola, lo cual les complació en extremo, pues así podrían considerarse como en su casa, y hablar con desembarazo y sin traba alguna.

Después de saludar á los amables esposos, después de

que Patillitas manifestó sus deseos de que se le sirviese al crédito, en lo cual convino de buenísimo grado el complaciente propietario, penetraron los jóvenes en el departamento interior y sentáronse en torno de una de las mesitas. Momentos después tenía cada uno frente á sí, y al alcance de su mano, una copa llena hasta los bordes de la bebida que había apetecido.

Muy diverso aspecto del anterior presentaba el juvenil grupo ahora, que se hallaba como acabamos de decir. Una mano pesada y tétrica parecía doblegar aquellas cabezas, tan erguidas antes: ¿era cansancio? ¿era fastidio? ¿era preocupación? De todo había en la repentina taci- turnidad que se había apoderado de los alegres zum- bones. Por fortuna, apenas apuraron los primeros sor- bos de sus respectivas bebidas, el pensamiento empezó á aletear alegremente en sus cerebros, y las lenguas volvieron á desatarse, y la conversación volvió á hacer oír su grato y atronador murmullo.

—Positivamente hemos pasado una tarde bien sosa, — dijo Pacotillas, — hemos holgado de un modo estúpido, y hasta creo que hubiera sido mejor haber ido á clase.

—A buena hora lo reflexionas, — dijo el Chango, — es manía vieja en tí hacer las cosas y pensar después que hubiera valido más no haberlas hecho.

—Pues sí, — dijo Pacotillas, — es tal el fastidio que inspira cuanto nos rodea, que no sabe uno por qué decidirse: en la clase nos hubiéramos fastidiado, en la calle nos hemos fastidiado: ¿qué zahorí me dirá, si el fastidio que evitamos hubiera sido mayor que el que hemos sufrido?

—Me recuerdas, — dijo el Chango, — á un glotón, que después de haberse hartado se quejaba de no tener apetito.

Entretanto, Patillitas y Santa-Anna saboreaban lenta- mente sus bebidas, poco preocupados, al parecer, por lo que sus compañeros hablaban. Pacotillas, después de guardar silencio algunos momentos, dijo con cierta solemnidad, muy común en él, y que del modo más inesperado enfriaba frecuentemente su más gárrula é irreflexiva charla:

—Hablemos un rato con seriedad, amigos míos, ya que hemos perdido tontamente la tarde; recapacitemos, definamos lo que somos, lo que queremos y á qué aspi- ramos; no hacerlo así, se me figura un proceder necio, pues si el hombre no ha de meditar sobre su suerte algu- na vez, más le valiera ponerse á andar en cuatropatas.

—¿Y á qué viene semejante salida? — dijo Patillitas, — bien sabes lo que queremos y lo que ambicionamos: recibirnos, y luego largarnos con viento fresco adonde nos espere la buena suerte y nos halague con su mejor sonrisa.

—Bien dicho, Patillitas, — exclamó Santa-Anna, — me asocio á tu dictamen y corroboro con la mía tu ilustrada opinión.

—¡Qué vulgares sois! — exclamó Pacotillas con desdén sumo, — os desprecio y al mismo tiempo os envidio: os satisfacen los espectáculos vulgares, no os harta la diaria monotonía, no os tortura como á mí la sed de lo extra- ordinario y de lo grande; en vuestra piel de paquidermo no hace mella el contacto de la realidad.

Y al decir estas palabras tomó, con nerviosa y febril rapidez, dos grandes tragos del líquido que delante tenía, y continuó con mayor exaltación:

—¡Qué bien representáis á la generación anémica, á la generación escuálida, á la generación sin aliento ni ideales de que formamos parte! no nos parecemos ni á la seria juventud de hace diez años, ni á la esforzada y entusiasta de hace treinta; no saldrán de entre nosotros héroes como los que produjo ésta, ni siquiera hombres de ciencia como los que dió aquélla.

—¡Que os vais por los cerros de Ubeda, finchado, enfático é inoportuno orador! — dijo con mofa el Chango.

—Todo queréis resolverlo, — dijo Pacotillas, sin hacer caso de la burlona exclamación de su compañero, — diciendo que os recibiréis, que adquiriréis clientela, que ganaréis mucho dinero, que Patillitas con su cara relamida flechará á alguna vieja rica, que el Chango con sus ridículos meneos y sus graciosos visajes curará el esplín de algún ministro, el cual agradecido le hará venir á la Cámara. Pues bien, yo os digo, con la franqueza que me conocéis: á mí me parece despreciable todo eso; yo desdén la rica clientela que, con su tiesura y estudiada gravedad, ha de alcanzar Santa-Anna; desprecio la millonaria con que sueña Patillitas al mesarse las ídem; y la curul, que, por medio de lisonjeros chistes, llegará á ocupar el Changuito...

—Desinterés y muy grande es renunciar á lo que no se posee, ¡vaya con el Catón de tres al cuarto que se nos ha montado en la nariz! — dijo el Chango.

Como si el aludido no hubiera escuchado la voz de su

amigo, apuró de un sorbo lo que en su copa quedaba. Sentía la cabeza caldeada por extraña llama, agitábase una necesidad irresistible de movimiento y de palabras, las ideas acudían á su espíritu en desordenado tropel, y, como alrededor de un centro, se agrupaban confusamente en torno de estos temas: miserias de la realidad, formando doloroso contraste con las pompas y riquezas de la ilusión; grandeza incomparable de los deseos, burlados irrisoriamente por las mezquinas satisfacciones que les brinda la existencia.

—No hablo por hablar, — prosiguió, — bien conocéis mis ideas; estoy aburrido de los libros, no porque no sea amigo del estudio, bien sabéis que he estudiado con tesón. He amado á la ciencia con la intensidad, con la violencia, con la fiebre que pongo en todas mis inclinaciones; hoy me parece hueca, me parece vacía, hoy la encuentro incapaz de satisfacer el corazón ó la inteligencia, y por eso me fastidia.

—¡Tú sí que nos estás fastidiando! — dijo el Chango.

—Déjenle hablar, — dijo Patillitas, — y aun denle cuerda; yo tengo el mal gusto de divertirme con las paradojas de este loco, cuyas circunvoluciones cerebrales han de estar más enmarañadas que las tripas de un pollo. ¡Mozo, repítele al señor su copa!

—Tú, Chango, saca los cigarros, — dijo Santa-Anna, — así gustaremos un humo menos insustancial y más picante que los discursos de Pacotillas.

El amable Changuito sacó una cajetilla de cigarros habanos, llena como hasta la mitad, y brindó á sus compañeros, que aceptaron y encendieron su respectivo ciga-

rrillo; entretanto el mozo había llenado de nuevo la copa de Pacotillas, quien permaneció silencioso un rato, entregado, al parecer, á graves reflexiones.

—¿Y qué tal va de amores, Pacotillas?—dijo el Chango, — eso es lo que te tiene trastornado. Eres el hombre más estrafalario que he conocido; yo, en tu lugar, me creería el más feliz de los mortales. ¡Pobre Amalia! ¡Qué vida le darás con tus locuras!

Pacotillas al oír este nombre se irguió como si hubiera recibido un choque eléctrico, relampaguearon sus ojos con siniestro brillo, bebió con ansia la mitad de su nueva copa y replicó con exaltación:

—¡Amalia! Ese nombre bendito no se hizo para ser pronunciado en este sitio vil, ni para ser profanado por tus burlones labios. Cuando tengas más corazón y seas menos satírico, merecerás preguntarme por ella.

— ¡Mala bebida tienes! — dijo Patillitas, — lo dicho por el Chango es muy inocente y no hay motivo para enojarse por ello.

—Si lo que dijo es inocente, — exclamó Pacotillas, — yo sostengo que es muy inoportuno, y es más inoportuna todavía la compasión de que hace alarde, y hay mucho de malicia en la envidia que dice tenerme. Soy el primero en declararme indigno del amor de esa muchacha, sencilla, buena y generosa, y si me impacienta y exaspera lo triste de mi condición y lo estrecho de mis horizontes, es precisamente por ella. Cuando un hombre contrae los vínculos que yo he contraído debe tener una posición cualquiera que ofrecer, y no ser un infeliz estudiante á quien le falta hacer la mitad de su carrera.

— Te ahogas en un vaso de agua, — dijo Santa-Anna, — no, tú no eres práctico. Cálmate, ten paciencia, que si ella te quiere con la generosidad que dices, sufrirá con resignación hasta que tu suerte mejore.

— Tú eres un hombre sin afectos, é incapaz, por lo tanto, de dar un consejo que valga la pena de oírse, y sobre todo eres muy torpe para consolar. ¿Te parece cosa de poca monta hacer infeliz al ser á quien amamos? ¿Te parece digno ofrecerle un porvenir confuso, oscuro, sombrío, y traerla á remolque, por decirlo así, á través de los escollos de una situación tan mala como la mía? No me afligiera, si fuéramos simplemente novios, si sólo nos uniera el amor tranquilo del alma, fundado en ilusiones, cifrado en ensueños, basado en esperanzas. Mas no es así; ustedes saben la serie de sucesos que nos cegaron, que nos enloquecieron, y que sin saber cómo nos arrojaron al uno en brazos del otro; el hecho es que esa tierna y desdichada criatura está hoy confiada solamente á mí, que no tiene más amparo que yo en el mundo, y que con mi insignificante sueldo de practicante tengo que atender á las necesidades de los dos. ¿Cómo he de tener calma para esperar tranquilamente el fin de mis estudios? No, la situación es urgentísima, hay que conseguir recursos en el acto ó perecer. Adiós, carrera; adiós, ensueños de prosperidad; adiós, libros; adiós, amigos; voy á apurar el resto de mi copa por qué jamás os veáis en el conflicto doloroso en que yo me hallo, por que si amáis alguna vez y sois amados sepáis reprimiros, y no arrastréis al infortunio á la criatura tierna y candorosa que tenga la debilidad de seguiros.

Pacotillas apenas pudo terminar la frase: le dominaba una emoción profunda, su voz era balbuciente y dos lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Te enterneces demasiado, Paco, —dijo con cariñosa voz Patillitas;— no hay razón para desesperarse, no hay que pensar en hacer alguna locura; ve las cosas con calma, con sangre fría, todos somos amigos tuyos y tendremos á mucha honra ayudarte en tus dificultades.

—Gracias, buen amigo,—dijo Pacotillas.—Esa generosidad me complace, pero no me salva ni puedo aceptarla; sufra yo solo las consecuencias de mi proceder, salga por mí mismo de las dificultades que me rodean; hacer otra cosa no fuera ni caballeroso ni digno.

—No podemos conformarnos si no nos aseguras que obrarás con discreción, con toda calma,—dijo Santa-Anna;— que dejarás venir los acontecimientos sin violentarlos, que no darás paso alguno que comprometa tus estudios, y que, acometiendo con ánimo las dificultades de lo presente, no olvides que tus mismos compromisos te imponen la obligación de mejorar tu porvenir.

—Fácil es dar consejos, cojuelo querido, —dijo Pacotillas,—nada puedo prometer, ni aun á mí mismo, mucho menos á vuestras respetables personas. ¡Qué le vamos á hacer, amigos míos! siga cada cual su buena ó mala suerte: váyase Patillitas á hacer el oso, como lo tiene por costumbre, váyase el Chango á hacer diabluras por la calle, y el juicioso Santa-Anna confínese en su cuarto, para darle de firme á la clase de mañana; yo, que soy jefe de familia, que tengo mi hogar constituido, me

marcho á dar un vistazo á la señora; con que, abur, y gracias por todo.

Y el inquieto y nervioso joven, sin hacer caso de las instancias de sus compañeros, despidióse apresuradamente de ellos, y, saliendo á la calle, se encaminó con acelerados pasos adonde no tardaremos en encontrarle.

### CAPÍTULO III

#### Amor y miseria

Uno de los barrios más feos, al mismo tiempo que más poblados de la capital, es el que se extiende por aquel rumbo en que se alzan las iglesias de San Lorenzo y la Concepción. Precisamente más allá de este último templo, y al poniente, se desarrollan en serie interminable calles largas, viejas, formadas por feas casas y transitadas por gentes, que, sea dicho sin ofender á nadie, son en su mayor parte de fea catadura y pobrísimo vestir. Una de las calles de que hablamos es la que, desde tiempo inmemorial, se denomina de Juan Carbonero, y, si el lector gusta, le llevaremos á una de las casas de vecindad que existen en la vieja calle.

Atravesaremos un patio muy grande, mal empedrado, en donde se abren muchas viviendas; atravesaremos después un pasadizo angosto, largo, feísimo, de paredes descascaradas que nos conduce á un segundo patio. No se desespere usted, lector, ya llegamos. ¿No quiere usted seguir más adelante? Bien, pues aquélla es la vivienda y desde aquí voy á describírsela.